

mero de historias que todos conocíamos de memoria: la gesta de su abuelo el Coronel, la fundación de la banca local, la construcción del ferrocarril y todo lo que tiene cualquier ciudad del Sur como ésta. Tomaba elementos de la vida cotidiana y los agrandaba a su gusto. Le pongo dos ejemplos claros. En *Los rateros* cuenta cómo un astuto labriego transformó un pedazo de camino en un pantano para alquilar sus mulas a los autos que se quedaban embarrados. Pues bueno, eso lo hizo un viejo que conocíamos todos: ¿dónde está la gracia del escritor? Hay otra historia que tío Bill repite en casi todas sus novelas: la prohibición del abuelo John impidiendo que circularan autos en el pueblo. Esa ordenanza municipal es cierta, y el abuelo John se vanagloriaba que en su Banco nunca se le había dado un préstamo al propietario de un automóvil.»

El sobrino Jimmy es medio chismoso —según otro vecino— y el «intruso» visitante que logra granjearse su confianza puede hacerse depositario de secretos que «sólo su tío conocía». Con gestos de polichinela, los repite con la promesa de que nunca serán escritos: tal licenciosa protagonista es la respetable «señora de», tal historia responde a cual realidad. Con una guiñada cómplice puede hacer notar los burdos parecidos entre el apellido novelesco Colfiel con el real Cafield, y así sucesivamente.

Más amable, pero preocupado porque Faulkner usaba «un lenguaje exagerado y a veces cruel», Phil Stone —un amigo personal del escritor—, lo define como «un hombre que amaba su suelo natal y prefería a su pueblo sobre cualquier otro. Es el corazón simple de un muchacho peleando con la vida desde una hoja de papel en la que empezó a escribir». Satisfecho con la frase literaria que él mismo acaba de decir, Stone proclama con un intenso chauvinismo que amablemente Ole Miss y su encanto nos viene de la época de la guerra de Secesión. Si se le pregunta por el Sur y su reconocida violencia, Phil mira asombrado a su alrededor: «Esto no es el puro Sur de que usted me habla. Aquí hay un perfume diferente que cuesta percibir y distinguir. Eso sólo se logra con el tiempo; por eso los forasteros odian la ciudad, y los residentes vivimos muy felices. Vea, el propio William la quería, aunque escribiera contra ella. Una vez que fue a Nueva York me mandó una postal del Empire State con estas palabras: “Siento lástima por todos estos millones de seres de aquí, porque no viven en Oxford como tú y yo.”»

Hay quien dice que Faulkner veía en el peral de su jardín, resistiendo a la fractura de su propio tronco, el símbolo de los humildes del condado: los que trabajan sin esperanzas contra todas las dificultades. Hay quienes señalan a la familia Bundren de sus novelas como la re-

presentación de ese símbolo. Pero hay quienes van más lejos y miran hacia el coro silencioso de los negros que rodea el mundo de la minoría blanca de Oxford.

Un hecho es cierto: que los negros lo querían y lo quieren todavía con un amor tan humilde como el que puede transmitir un empleado de la cafetería de la Universidad, acodado en el mostrador y echado su gorro de papel hacia adelante con el nervioso gesto que el nombre de Faulkner le provoca. Clifton Bondurante Webb era un niño que vio lo que vio, pero no se olvida.

«En la casa de Faulkner siempre hubo negros, y uno de ellos fue Callie Barr, su *nurse mammy*, cuando el mismo Faulkner era un niño. A ella le dedicó su libro *Desciende Moisés*, y ella era como de la familia, al punto de que el día que murió, cuando tenía justo cien años, en 1940, se decidió que el velatorio sería en el propio *living room* de la casa. ¿Entiende usted? Una negra que nació esclava, que luego fue libre, termina velada en la pieza principal de la casa de su amo. Yo vi cómo Faulkner lloraba junto a su ataúd y puedo recordar todavía cómo le dijo a un viejo cantor de *blues*, con su áspera voz, velada por la emoción: “por favor, cante bajito para la dulce Callie”. Y el negro viejo cantó allí mismo, bajito y también emocionado, para la dulce Callie.»

Clifton vuelve a echarse el gorro para adelante:

«Ella era como una jefa en la casa de él, y él la dejaba serlo. ¿No es eso querer a los negros? Dígame la verdad.»

Quererlos y usarlos, añaden los expertos como James Webb, poniendo por delante la lista de personajes negros de las novelas y cuentos de Faulkner, donde Callie aparece como Dilsey, la sirvienta negra de *El sonido y la furia*.

Los universitarios como Webb no le perdonan muchas cosas al famoso escritor. Por lo pronto, que haya desconocido a la propia Universidad que ahora tutela sus bienes. «Eramos vecinos, pero nunca puso a nuestra casa de estudios en sus novelas. Jefferson no tiene Universidad, aunque Oxford la tuviera y con cierta fama en el Sur.» El mismo Webb —autor de un libro sobre Faulkner en Oxford— ha recorrido inútilmente la obra de su vecino buscando alguna referencia. «Sólo Temple Drake es estudiante en *Santuario* y más valdría que no lo fuera. Sólo Quentin Compson llega a la universidad, pero lo hace en Harvard, bastante lejos de nuestra Oxford.»

Una maestra, Robbie Eades, parece ser más condescendiente. Ella oyó historias del alumno William Faulkner cuando como niño concurría a la escuela elemental de Oxford y las repite ahora, como si

ella misma hubiera dado clases al futuro premio Nobel. «William tenía un talento artístico heredado de su abuela. Sus hermanos Dean y John también pintaban como su madre. Era una familia con predisposición para las artes.»

William—según Robbie—ya escribía de pequeño, y un compañero de juegos como John Ralph Markette lo puede ratificar de un modo indirecto. Cuenta: «Mi padre era ingeniero en locomotoras y paraba en muchas estaciones del trayecto entre Memphis y una ciudad de más al Sur. Lo hacía también en Oxford. Muchas veces, Bill venía con nosotros en la locomotora y disfrutaba con el viaje, imaginando historias de los pasajeros que no conocía y de los pueblos por los que pasábamos. “Algún día las escribiré”, decía tosiendo por el hollín. Parece que cumplió la promesa, ¿no?» Y Ralph lanza una gran risotada.

Otra profesora de la Universidad—Maud Morrow Brown—parece no perdonarle algo al famoso escritor: «Nunca terminó sus estudios. Se dejaba estar demasiado ese joven William, al que sus compinches llamaban Bill. ¿Sabe lo que decía con ignorante insolencia?, pues que un hombre no puede ser educado para ser feliz, y la felicidad era lo único que le importaba lograr.»

Feliz o no, William Faulkner creó el mundo que hoy vive gracias a él, y desde cuyas calles, jardines o bosques silenciosos se proyectó universalmente la pequeña comarca. «Fue un poeta», le perdonan los comerciantes. «Mintió a sabiendas y sufrió por ello», puntualizan los profesores sin imaginación. «Mostró verdades al mundo y no hechos», explican los pocos que entienden su obra: «Hechos y verdades tienen muy poco en común —añaden, repitiendo palabras del propio Faulkner—. La verdad es la suma de cosas que invitan al hombre para la inmortalidad, que lo hacen generoso a despecho de sí mismo o valiente cuando obtendría más ventajas siendo un cobarde.»

Esa verdad es la única que le importó al escritor. Tal vez rastrear esa verdad en los hechos cotidianos de Jefferson-Oxford haya sido motivo suficiente para haber llegado desde tan lejos al rincón en que vivió Faulkner. Suficiente su rastreo, porque nunca más podrá ser hallada su poesía y los mitos en que la encarnara entre tanto polvo, mediocridad y pequeños odios con que aparece signada su suerte hoy en día.

¿Arrastrará Oxford su pecado original, sin volver a ser—nunca más—el Jefferson del poeta que yace en su propio suelo? De no alimentar el mito de la ficción con que fue investida ciudad universal,

Oxford volverá a ser un anónimo punto del mapa de los Estados Unidos. Esta es la maldición que dejan caer los «intrusos» cuando son expulsados del paraíso, y así lo hizo este visitante un cálido atardecer en que salió de la hermosa ficción a la cansina realidad. El guía Boozer dio la razón; pero él volvía al día siguiente con un escritor francés —Marcel Cohen— a repetirle parte de la misma comedia.—

FERNANDO AINSA

Rimac, 1732
MONTEVIDEO